

Homilía Misa 10 de julio de 2022

Dios pone en nuestro corazón un modo de proceder que permite caminar hacia la armonía con todo lo creado. Pone la palabra y la imagen que necesitamos para crecer en fe, esperanza y caridad. Y esto es posible por el vínculo que tenemos con nuestro origen, con la tierra, con nuestra historia y con la comunidad. Somos seres vinculados y eso permite proceder conforme a los mandamientos de Dios.

Dios quiso enviarnos a su hijo para comprender su modo de proceder, como lo dice la segunda lectura, Cristo es cabeza de todo lo creado, es imagen de Dios, está unido a la creación, es el primogénito de entre los muertos y es nuestro hermano. Y tiene una misión especial, reconciliarnos con todo lo creado, su muerte fue el gesto para resignificar nuestro sufrimiento y abrirnos a la unidad con todo lo creado.

Y el evangelio nos habla de ese modo de proceder de Jesús: el seguidor es quien tiene la libertad de poner sus medios, sus capacidades, sus recursos, en función de la mayor necesidad. Ese es el buen samaritano, quien tiene la libertad de acercarse a ungir las heridas con aceite y vino, quien lo lleva al mesón y cuida de él, y quien le dice al dueño del mesón, “cuida de él y lo que gastes de más, te lo pagaré a mi regreso”.

Hoy el herido del camino son las personas desaparecidas y los asesinadas, y la iglesia está llamada a ser ese buen samaritano, poner su aceite y su vino para aliviar a un pueblo herido. En esa sangre derramada está la sangre de Jesús que cae a la tierra para hacer nuevas todas las cosas.

La Iglesia nos ha llamado a iniciar una jornada de oración por la paz a nivel nacional, en un gesto de unidad, los obispos y la vida religiosa nos hemos puesto de acuerdo para orar por las víctimas de la violencia. Hoy iniciamos pidiendo por los sacerdotes y religiosos que han muerto por la violencia.

Son 61 sacerdotes asesinados en el periodo 1990 - 2022 y 2 sacerdotes desaparecidos. A esta lista se sumaron nuestros hermanos Javier Campos y Joaquín Gallo, en especial queremos pedir por su descanso y que su muerte abra caminos para la paz en la sierra tarahumara y en todo el país.

La muerte de estos hermanos muestra la descomposición social que vivimos, el cuerpo del guía de turistas quedó frente al sagrado corazón, el cuerpo de nuestro hermano

Joaquín quedó al pie del santísimo y el cuerpo de nuestro hermano Javier a un lado del altar. El presunto culpable es alguien de la comunidad. La ira de esta persona fue por ver al padre Joaquín ponerle los santos óleos al guía de tu turista, Pedro Palma.

¿Por qué hacer todo esto en el templo? ¿Por qué en el altar? Aquí donde recordamos la muerte y resurrección de Jesús. Esto no se entiende sin el deseo de poder. No se han conformado con dejar los cuerpos en el espacio público. Ahora los cuerpos se dejan en el altar de un templo. Estamos delante de la locura del poder.

La locura del poder es la nueva enfermedad del siglo XXI, es la rebeldía de quien se sabe todo poderoso y omnipotente, que se olvida del propio origen. Sólo alguien así reta a Dios o reta a sus propios padres. Una locura que se crece cuando no hay quien ponga límites, y son los abuelos quienes tratan de controlar y al final son asesinados.

Sólo una conversión personal, comunitaria e institucional logrará generar los cambios que hoy necesitamos. Hay narrativas, prácticas y actitudes instaladas que generan condiciones para la violencia. Las narrativas de riqueza, fama y poder están envenenando el corazón de la comunidad. Tanto individualismo está llevando a las personas a desconectarse de su origen, de su entorno, de sus raíces y de su propia comunidad. Una desconexión que enferma la mente y hace entrar a la locura de matar a sus propios padres.

La convivencia humana necesita de referentes éticos, sean religiosos, civiles o comunitarios, que permita a las personas sentirse parte de algo mayor y esto regule sus comportamientos. Los vínculos de la persona con su origen, con su entorno, su historia y su comunidad hacen posible el tener códigos de convivencia sanos, y la pérdida de estos vínculos llevan a comportamientos como los observados en Cerocahui.

Hermanos y hermanas, que estas muertes nos ayuden a fortalecer nuestra relación con Jesús y nuestra convicción de que en él tenemos las claves para construir la paz. Necesitamos de algo o alguien que calme la ansiedad de poder. No bastan las leyes, necesitamos convicciones y estas sólo surgirán de encuentros significativos. Es tiempo de recuperar la comunidad, el diálogo social, la habilidad para el consenso y el acuerdo.

Pidamos a Dios nos regale la gracia de la conversión para atender de raíz esta violencia que vivimos.